

Dejar morir

La fatal historicidad de la bibliotecología

FEBUS MARTÍNEZ, JAN SEBASTIAN

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.

Departamento de Bibliotecología y Archivística. Argentina.

jsfmbc@gmail.com

» Resumen

Este artículo analiza la bibliotecología como una disciplina históricamente situada, cuya existencia depende de un conjunto específico de condiciones culturales, materiales e institucionales. Se parte de la premisa de que las disciplinas nacen, se transforman y desaparecen según las necesidades y estructuras de las sociedades que las producen. A partir de la comparación con disciplinas históricas ya obsoletas —como la retórica, la diplomática o la alquimia—, se sostiene que la bibliotecología surgió como parte del paradigma científico moderno, pero que las transformaciones culturales y tecnológicas de la posmodernidad ponen en cuestión su continuidad. El texto propone reflexionar sobre la posibilidad de que la bibliotecología, en tanto disciplina científica, ceda lugar a nuevas formas de organización y producción de saberes sobre las bibliotecas y la información, tal como ocurrió con otras disciplinas en la historia.

Palabras claves: bibliotecología, historia de las disciplinas, posmodernidad, modernidad, disciplinariedad

» Introducción

Las disciplinas no son entidades atemporales o universales, sino construcciones históricas que emergen en contextos culturales, sociales e institucionales determinados. Constituyen modos particulares de organizar, producir y legitimar conocimientos y prácticas dentro de marcos discursivos específicos. Las disciplinas existen en la medida en que se sostienen en ciertas materialidades, estructuras y valores que les otorgan sentido y vigencia. Su continuidad, por lo tanto, no está asegurada: nacen, se transforman y, eventualmente, desaparecen.

La bibliotecología, surgida en el marco de la modernidad y su paradigma científico, responde a las exigencias de un archivo cultural (Foucault, 1979) que definió el conocimiento legítimo en términos de objetividad, verificabilidad y racionalidad. Su consolidación como disciplina implicó la adopción de formas discursivas y metodológicas acordes con dichos valores, de modo similar a lo ocurrido con otras ciencias humanas. Sin embargo, la historia de las disciplinas muestra que su vigencia depende

de las condiciones materiales y simbólicas de la sociedad que las produce: cuando dichas condiciones cambian de manera significativa, las disciplinas pueden perder relevancia o ser absorbidas por nuevas tradiciones de conocimiento.

Este trabajo propone una reflexión sobre la historicidad de la bibliotecología como disciplina y sobre su posible obsolescencia ante las transformaciones socioculturales y tecnológicas contemporáneas. Para ello, se examinan casos paradigmáticos de disciplinas que desaparecieron o fueron profundamente reconfiguradas —como la retórica grecorromana, la diplomática y la alquimia—, a fin de iluminar la contingencia histórica de los saberes disciplinarios. En este marco, se argumenta que la actual crisis de la bibliotecología no debe entenderse como un fenómeno coyuntural y catastrófico, sino como la manifestación de un cambio profundo en las formas de producción, circulación y apropiación de la información, que exige cuestionar no solo los contenidos, sino los propios fundamentos disciplinarios de la bibliotecología.

El presente texto es una versión modificada de un examen parcial presentado a la cátedra de Historia del Libro y las Bibliotecas durante el primer cuatrimestre del 2025.

La historicidad de las disciplinas

La disciplina en sus manifestaciones materiales y discursivas, es una forma de representación de una comunidad de prácticas que surge en un contexto histórico específico. Sabemos, con Chartier (1999), que estas representaciones son históricamente variables. Entendemos por lo tanto que las disciplinas son fenómenos históricos: responden a unas condiciones culturales, sociales e institucionales específicas. Las disciplinas nacen y mueren con las culturas, porque existen solo en la medida en que están fundamentadas en unas materialidades, unas prácticas, unas estructuras, y unos valores, sin los cuales no tienen sentido. Ilustremos brevemente esta idea, tomando como ejemplo tres disciplinas ya obsoletas: la retórica, la diplomática y la alquimia.

La retórica grecorromana surgió en un contexto donde la palabra era instrumento de poder y participación cívica. Su forma original se transformó con el fin de las estructuras cívicas que la sustentaban, durante la caída del Imperio romano. La historia de la diplomática también es reveladora. Su nacimiento está vinculado, primero, al resurgimiento del valor jurídico del documento escrito durante la modernidad temprana europea. Segundo, a la necesidad de autenticar documentos en un ambiente de falsificaciones frecuentes, y como herramienta del poder eclesiástico-estatal en la organización de archivos para validar la propiedad. Aunque sigue siendo fundamental para la crítica de fuentes medievales, la naturaleza de los documentos modernos (burocráticos, digitales, masivos) ha hecho que muchas de sus categorías tradicionales sean hoy nulas. Sobre la alquimia, podemos decir que el ascenso de una nueva cosmovisión científica en Occidente reemplazó el entramado cultural y mental que sustentaba la disciplina, lo cual hizo su muerte una inevitabilidad. La emergente ciencia moderna separaba lo material de lo espiritual, y establecía métodos empíricos que desacreditaban el simbolismo y las premisas de la alquimia. Aunque su práctica como disciplina desapareció, muchos de sus procedimientos técnicos fueron absorbidos por la química, y su imaginario perdura en la cultura y el pensamiento simbólico occidental.

Las disciplinas nacen en contextos muy específicos, con finalidades prácticas claras. Al cambiar esas condiciones, pierden vigencia o son absorbidas y consolidadas dentro de nuevas tradiciones disciplinares. La bibliotecología no es la excepción.

» La disciplinariedad moderna

La bibliotecología, como fenómeno histórico, surge dentro del paradigma cultural de la ciencia moderna. Este tiene unas características y valores definidos, dentro de los cuales la comunidad bibliotecaria va a enmarcar sus prácticas, sus formas discursivas y sus representaciones. La ciencia moderna tiene una definición propia de conocimiento: debe ser verificable, racional y objetivo. Establece requerimientos específicos para la acepción de una disciplina o práctica de conocimiento dentro de su paradigma, como por ejemplo tener un método y un objeto de estudio propio. Los debates sobre la “disciplinariedad” de la bibliotecología, y otras ciencias humanas, se enmarcan en este campo de valores. Es decir, la bibliotecología cuestiona constantemente su propia disciplinariedad, sus métodos, sus prácticas, solo en la medida en que existe dentro de un paradigma excluyente como el de la ciencia moderna.

Por supuesto, el estudio de las bibliotecas, o incluso de la sociedad, no necesitaban ser validadas por el paradigma científico para existir como tal. Los sociólogos no fueron los primeros en estudiar la sociedad. Fueron los primeros en estudiarla de forma sociológica, o sea, bajo el paradigma de la ciencia moderna. Entonces, el nacimiento de la sociología en siglo XIX no es el nacimiento del estudio de la sociedad a secas, sino de la *forma científica* de esa inquietud intelectual, que era la forma hegemónica de representación en el momento.

Esta es una de las claves para entender el desarrollo de las disciplinas en la modernidad: quiero decir, la modernidad como “archivo” (Foucault, 1979: 221), o sea, el sistema de las reglas de la formación y transformación de los discursos en una época. Este archivo, está de más decirlo, es histórico, y desaparecerá en algún momento, como desapareció el archivo que habilitó el surgimiento de la retórica, la diplomática y la alquimia.

» La bibliotecología como modalidad histórica de las prácticas y representaciones bibliotecarias

La historicidad de las condiciones de enunciación de un discurso disciplinar bibliotecológico debería sugerirnos que su existencia es también histórica, y por lo tanto, pasajera. Así como vimos otras disciplinas nacer y desaparecer, la bibliotecología nació como respuesta a unas necesidades concretas, y a través de un andamiaje sociocultural que le dio su forma discursiva particular. La bibliotecología moderna surge en el siglo XIX como respuesta a la sobreproducción de impresos, la expansión de la alfabetización y la burocratización administrativa. Ese problema práctico exige reglas comunes y procedimientos replicables. Esto se junta a un ambiente sociocultural que “cientifica” el oficio: se codifican métodos de organización y acceso, se profesionaliza la formación y se consolidan comunidades de práctica con misión de servicio al lector. El campo adopta una retórica de universalidad, eficiencia y utilidad social.

Sin embargo, con el advenimiento de la posmodernidad, parecemos estar ante la desaparición de las condiciones que habilitaron la existencia de la disciplina. Estamos viendo el reemplazo del archivo de la modernidad, por un nuevo archivo, unas nuevas reglas de formación y transformación de los discursos. Sin mencionar los cambios en nuestras formas de leer y consumir información: nuevas materialidades textuales, nuevas lógicas de lectura y escritura, nuevos circuitos de información, la desmaterialización de la biblioteca, etc. La consecuencia necesaria de estas condiciones, son nuevas prácticas de lectura y escritura, y nuevos sentidos.

Estas son las circunstancias a las que se enfrenta la bibliotecología. Este es el meollo de su “crisis”: ¿cómo abordar las propiedades de la cultura escrita de la sociedad posmoderna, tan novedosas, tan foráneas a su tradición?

» Hacia un nuevo paradigma

Reflexionando sobre el libro electrónico, Alejandro Parada compara la coyuntura actual a la del surgimiento del libro impreso en el s. XV, y los cambios complejos que esto conllevó. Para Parada (2023: 20), existe una disonancia entre los usos que se le dan al texto digital, y las formas que este asume en internet:

la presencia innegable de las nuevas tecnologías electrónicas, procura responder a los usuarios con una estructura mental tomada en préstamo de la tipografía lineal de la imprenta; en consecuencia, todavía predominan, en nuestras formas de pensar, las características propias de la esfera de Gutenberg.

Esto también ocurrió con la imprenta: la lógica del libro manuscrito fue la que orientó, inicialmente, la forma del libro impreso. Eso fue hasta que llegó Aldo Manucio, quien inauguró “un nuevo lenguaje de ‘lo impreso’, ahora ceñido a lo puramente tipográfico” (Parada, 2023: 20). Lo que necesita la bibliotecología, sigue Parada, es un Aldo Manucio que atempere los contenidos de la disciplina a las condiciones posmodernas.

Esta afirmación es un paso importante, sin duda. Pero no podemos evitar sentir que se queda corto. Primero, porque entiende que los cambios de la disciplina deben estar anclados en el entendimiento del libro electrónico. Y segundo, porque entiende que lo que deben cambiar son los “contenidos disciplinares”. Ambas afirmaciones resultan problemáticas. La revolución que estamos experimentando no tiene que ver meramente con el surgimiento de una materialidad digital, sino con cambios en nuestra forma de relacionarnos con la información, la escritura y la lectura. Se trata de una nueva infraestructura sociomental de la cultura escrita. No basta con renovar los contenidos disciplinares, sino cuestionar los modelos y los valores que sustentan la práctica bibliotecológica. Lo que necesitamos es un paradigma en el que no se tema a prescindir de la tradición profesional todo lo que es inútil para la actualidad (que es mucho), y se haga justicia teórica a una realidad que tiene ya propiedades únicas. En fin, un paradigma en el que no se tenga miedo a dejar de ser “bibliotecológico”.

La bibliotecología debe dejar de aferrarse a su identidad disciplinar como si su utilidad efectiva en el pasado justificara su existencia por siempre. Si la próxima etapa de la humanidad lleva al nacimiento de formas totalmente nuevas de relación, representación y uso de lo escrito, entonces los modelos actuales van a tener que repensarse desde abajo. Existe un pulso nostálgico en la comunidad bibliotecológica que insiste en aplicar modelos anacrónicos (adecuados para la época que los engendró) a una estructura y unas prácticas que exigen su propia conceptualización. Dice Parada (2023: 23):

Aún estamos organizando nuestros registros y objetos digitales según los usos y apropiaciones de los discursos del siglo xx. Los usuarios nativos de la posmodernidad están gestando nuevos modos de leer: son tribus sin memoria tipográfica que fundan emplazamientos lectores complejos en geografías desconocidas.

Pero el nuevo paradigma no puede quedarse en sobrepasar las limitaciones teóricas preexistentes. Debe ir más allá para cuestionar incluso la forma científica de su disciplinariedad. No existe ley histórica alguna que garantice la continuidad de la bibliotecología como práctica científica e intelectualizante. Las bibliotecas han existido por más de 3.000 años sin bibliotecología, ¿quién dice que no pueden seguir existiendo sin ella? La científicidad de la práctica bibliotecaria no es un punto de llegada: no es la culminación necesaria de la historia de las bibliotecas. Tampoco es la única forma de generar, organizar y legitimar las técnicas y los conocimientos bibliotecarios. Digámoslo bien: es una instancia más en el largo trayecto de las representaciones de esas prácticas. La “disciplina bibliotecológica” es una expresión particular, históricamente situada, de la práctica bibliotecaria en Occidente. No ha sido la única, ni tiene por qué ser definitiva.

Las bibliotecas responden a la forma en que una sociedad se relaciona con la información. La biblioteca moderna occidental —con su bagaje de valores y conceptos, como la universalidad, la ciencia, la democracia, la libertad, la formación ciudadana— es otra condición de posibilidad del discurso bibliotecológico. Pero si incluso este paradigma de biblioteca está derrumbándose con el advenimiento de las nuevas materialidades y prácticas de lectura, tenemos una razón más para cuestionar la continuidad de la bibliotecología. Lo que sea que venga a reemplazar la biblioteca moderna, sea una biblioteca o no, tendrá que ser

un reflejo cultural de esta nueva tecnología digital que procura reconfigurar la materialidad de los libros y sus inmemoriales colecciones impresas. (Parada, 2023: 23)

El presente texto no es un llamado a la conciencia, tanto como la constatación de una probabilidad histórica: nuestra relación con la información en la contemporaneidad tiene unas propiedades tan particulares, que es difícil pensar que la bibliotecología, en su forma actual, seguirá existiendo dentro de cien años. Pero esto no es una catástrofe ni mucho menos. La obsolescencia de las disciplinas es natural. La historia no frena por nadie. Queda en la comunidad bibliotecológica aceptarlo o no.

Pero no ha sido en vano. Vimos con la diplomática, la alquimia y la retórica, que las disciplinas no mueren, sino que heredan sus técnicas y conocimientos a nuevas disciplinas, que apropian y reconfiguran lo que les resulta útil o llamativo. Sería equivocado entender estos procesos como progresiones lineales hacia un constante perfeccionamiento del conocimiento. Entender la historicidad de las

disciplinas nos permite ver su existencia como un reflejo o una respuesta a su ambiente, no como una mejora necesaria a lo que lo precedió. Cada cultura apropia del pasado lo que quiere apropiarse: lo que se atempera a su imagen de sí, a sus aspiraciones, a sus necesidades en un momento específico. Las técnicas y los conocimientos de una época pueden resultar avanzadas y relevantes para una cultura, pero no para la que le sigue.

No olvidemos que también la bibliotecología apropió saberes y procedimientos de disciplinas antes autónomas como la bibliografía. Así pues, es de esperar que los conocimientos y técnicas desarrollados por la bibliotecología sean heredados y transformados por nuevas disciplinas que respondan a las necesidades de la sociedad posmoderna. Un ejemplo evidente es la informática, que como disciplina emergente ha incorporado conceptos y técnicas propias de la nuestra disciplina, a la vez que representa una de las principales fuerzas que cuestionan la vigencia de la bibliotecología como campo independiente. La desaparición de una disciplina no implica la pérdida de sus aportes, sino su integración en otros marcos conceptuales y prácticos. Del mismo modo que la química absorbió procedimientos de la alquimia, o la archivística incorporó categorías de la diplomática, las prácticas bibliotecarias seguirán encontrando formas de legitimación y desarrollo más allá de los límites actuales de la bibliotecología. Reconocer esta historicidad no significa renunciar al valor de la disciplina, sino comprender que su vigencia depende de un entramado cultural cambiante, en el que los saberes nunca mueren: solo se transforman.

» Bibliografía

- » Chartier, R. (1999). "El mundo como representación". En *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural* (pp. 45-62). Gedisa.
- » Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores. Sexta edición.
- » Parada, A. E. (2023). *Bajo el signo de la Bibliotecología: Ensayos bibliotecarios desde la posmodernidad tardía*. Eduvim.

» Febus Martínez, Jan Sebastian

Estudiante de la Licenciatura en Bibliotecología y Ciencias de la Información, (FFyL-UBA). Integrante del Grupo de Estudios en Archivo(s) e Historia de las Disciplinas de la Información, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI-UBA). Ponencias: "Historiografía y política en la conformación del pensamiento conservador puertorriqueño (1831-1837)" (XIX Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, 18-21/9/2025); "Pautas metodológicas para el estudio del pensamiento absolutista de Puerto Rico, 1818-1838" (XIII Jornadas Internacionales de Historia de España 'Mundos Hispánicos: Saberes - Prácticas - Experiencias', 5-6/9/2024, Fundación para la Historia de España). Artículo "Historiografía y política en la conformación del pensamiento conservador puertorriqueño (1831-1837)" en *Revista CIH*, 1(9), 2024.